

No es gratuito que antes de comenzar los ensayos de **La Negra Ester**, tuviéramos talleres de kathakali hindú con el maestro Karuna Karan. El kathakali hindú es una técnica de teatro oriental de más de cinco mil años y en la cual el actor-bailarín (en Oriente no existen dos vocablos para mencionar al intérprete: actor y bailarín son lo mismo) danza con una cantidad de gestos codificados llamados *mudras*, los cuales tienen cada uno un significado preciso, conocido por la audiencia. Estos gestos o

*mudras*, son movimientos y posturas de las manos, las cuales son seguidas por los ojos del actor durante la representación.

La poética del kathakali dice: *donde va la mano va el ojo, donde va el ojo va el sentimiento, donde va el sentimiento va el alma.*

El teatro de las emociones, que Andrés aprendió en Francia junto a Ariane Mnouchkine, no es solamente una técnica de trabajo actoral sino mucho más que eso: es una filosofía de lo que el arte teatral puede o debe

llegar a ser. ¿Cuál es el verdadero trabajo del actor?, ¿en qué radica lo teatral?, ¿qué es el teatro?, son preguntas que Andrés, a través de su forma de trabajo, realmente se hacía todo el tiempo.

A menudo, la única respuesta que encontrábamos (en los tiempos de **La Negra Ester**) era *la emoción*, que nos conecta con el público, con el rito. A través de la emoción, somos capaces de develar lo invisible, los movimientos y pulsiones del alma humana. El rito, la fiesta, la celebración están li-

Querido Andrés:

A nosotros, sobrevivientes, nos piden que hablemos de los ausentes, pero ocurre ¡qué aún no creo en tu ausencia! Tu muerte fue una equivocación. Pienso que durante un lapso, breve quizá, el espíritu de esos ausentes (eufemismo para evitar la repetición de una odiosa palabra) si-

gue planeando, inmaterial, cerca de nosotros –según mi madre, que solía hablar con los espíritus, cuando pa-

saba un tiempo decía que ya estaban en el séptimo cielo, donde eran inalcanzables. Y bien, hablemos de ti cuando aún te siento presente.

Primero, tengo que agradecerte que, con tu interpretación del personaje Lautaro, le dieras tanta categoría a la obra. Te recuerdo esforzándote para sacarle el sonido a un auténtico cuerno de guerra que nos prestó amablemente el amigo Gastón Soubllette. No cualquiera lo consigue, fueron varios días soplando, pero un cuerno de guerra mapuche no te derrota. Otra hazaña, cantar en esa obra las canciones de Los Jaivas en el alto registro del Gato Alquinta, con el arreglo que realizó otro querido ausente –a quién tampoco le correspondía morir–, Rafael Vidales. También se me vino a la memoria la expresión de tu rostro al descubrir, de pronto, en uno de los ensayos, que la despe-

## ¿Los que se van

**Isidora Aguirre**

Dramaturga

Fotografía: Diario El Mercurio



**La Pérgola de las Flores** de Isidora Aguirre y Francisco Flores del Campo. Dirección: Andrés Pérez, 1996.

gados a lo emocional, a lo inconsciente. Y por esto, para Andrés era tan importante concebir el teatro como una fiesta, algo social, como un acto que nos devolvía a los orígenes de la comunidad, a la tradición de un pueblo, a la propia memoria.

De hecho, su propio funeral fue una fiesta, un gigantesco carnaval, tal como a él le gustaba, tal como él lo soñó.

ANDRÉS PEREZ HA MUERTO.  
VIVA EL TEATRO. ●



**Todos estos años.** Creación Colectiva. Dirección Andrés Pérez. Teatro Callejero, 1986. En la foto: la diseñadora de vestuario y máscaras, Maya Mora con una de sus máscaras usadas en la obra.

## Recuerdan, Andrés?



**Lautaro** de Isidora Aguirre. Dirección: Abel Carrizo. En la foto: Arnaldo Berríos (Pedro de Valdivia) y Andrés Pérez (Lautaro), 1982.

La despedida de Lautaro era, simbólicamente, la despedida de Allende.

Siguiendo la trayectoria de los recuerdos, tan vivos aún, estoy contigo en un café de París, enseñándote a pronunciar una frase en francés que te asignaron en la obra *Henri IV*, en el Théâtre du Soleil, donde muy pronto reconocieron tu talento y te dieron el rol principal de Gandhi.

Próximo encuentro, la dirección de *La Pérgola de las Flores*, en la Estación Mapocho. Necesitabas a una

docena de jóvenes para los personajes secundarios que cantaran y bailarían: con tu fama y lo que te admiraban los jóvenes, se presentaron doscientos. ¡Apenas cabían en la sala del Teatro Municipal! Qué rico ambiente sabías crear con tu elenco, no falté a ninguno de los ensayos. Porque le dabas al teatro un sentido ritual, era un privilegio participar en las obras que dirigías.

Me pediste, con toda humildad, autorización para destacar el sentido social de la obra, y, por primera vez, un crítico se refirió al mensaje, semi oculto tras la alegría y la simpatía de los malos, denuncia de las *componendas de la clase adinerada con los políticos, pasando a llevar los intereses de la clase trabajadora*. Aunque algunos reclamaron que querían *La Pérgola clásica*, lo que ocu-

rrió en la Estación Mapocho, donde acudían cada tarde tres mil espectadores –lo que llamabas *un evento*–, fue una fiesta inolvidable.

Pero, lo que a ti me unía era, ¿cómo llamarlo?, algo como una tierna hermandad. De tu talento como director, y como actor y autor, más adelante (en *La huida*), otros hablarán. Yo te recuerdo como hermano, y siento que fue un privilegio tenerte como actor y luego como director, porque hay (había) en tu persona algo de *irrepetible* que no sabría definir. ¡No siempre los escritores disponemos de palabras adecuadas para acorralar los sentimientos!

Querido Andrés, te deseo que tu viaje a las galaxias haya sido hermoso, y que hayas presenciado los multitudinarios homenajes que te rindieron y te siguen rindiendo, porque, cualquiera puede decirlo, en ese teatro se sentía claramente tu presencia (según tu amigo Sandro, tú estabas *dirigiendo*).

En fin, donde sea que estés, te saludo, y si existe la reencarnación, ¡por favor coincidamos una vez más en una nueva vida! ●